

CRONICA ECONOMICA

PERSPECTIVA DE LA ECONOMÍA EUROPEA

PARECE lejana la época en que se escribían «Las Consecuencias Económicas de la Paz», pero si ahondamos en los motivos determinantes de tal impresión sinceramente acabaremos por confesarnos que nace de una íntima actitud espiritual, indiferente a la razón cronológica propiamente dicha.

Porque el complejo de relaciones descrito por Keynes, que convencionalmente denominamos la economía europea, sigue siendo sustancialmente el mismo. Lo que incita al desánimo es la contemplación del fracaso sufrido en el período que media entre 1918 y 1939 por todos los que, poseyendo una visión clara del futuro, intentaron restablecer las bases económicas de una paz duradera, y la convicción de que el abismo ideológico que divide Europa hace aún más difícil la búsqueda de soluciones que hace veinte años.

El problema que se plantearon los vencedores de entonces: restablecer una economía que asegurando un alto tenor de vida al pueblo alemán que no le permitiera, sin embargo, una política exterior agresiva, mostró bien pronto la dificultad de su solución. La economía europea era inconcebible sin Alemania, pero la economía alemana sólo podía basarse en una producción industrial cuya competencia en los mercados internacionales resultaba insoportable para los demás países industriales. Con lo que las raíces económicas de la primera guerra mundial quedaron al desnudo.

Hoy, como ayer, la semejanza existente entre las economías británica y alemana se halla palpablemente de manifiesto. Ambos países tienen que conseguir, mediante la exportación de

artículos manufacturados, los alimentos que la capacidad productiva de su suelo, desproporcionada respecto al número de sus habitantes, es incapaz de suministrarles, ambos países deben pagar, mediante exportaciones de productos industriales, la mayor parte de las materias primas con que éstos se elaboran.

En el plan para la Alemania occidental, presentado por las autoridades de la Bizona a la Organización Europea de Cooperación Económica (entidad que, como es sabido, agrupa a los países beneficiarios del Plan Marshall), resalta el paralelismo de las dos economías. Y el hecho de que una dirección anglosajona de la economía germana propugne medidas de recuperación análogas a las adoptadas en Gran Bretaña ofrece una significación que no es posible desconocer.

Enfrentados con la obligación de restablecer una economía capaz de sostenerse sin apoyo exterior en 1952-53, los redactores del plan han tomado como objetivo el incremento de la producción a base de una inversión inicial de 1.200 millones de dólares, las tres cuartas partes de cuya inversión se destinan a la industria. Se aspira a conseguir que el volumen de la producción aumente en un 64 por 100 respecto del actual, con lo que la producción alemana se colocaría un 10 por 100 sobre la de 1936. Debe notarse que en el plan apenas queda rastro de las restricciones primitivamente impuestas a la industria alemana para dificultar su aplicación a fines bélicos, a excepción del tope de 10.700.000 toneladas impuesto a la producción de acero.

La meta asignada a la exportación alemana es el aumento en un 60 por 100 respecto al volumen alcanzado en los años anteriores a la guerra. La estructura de esta exportación es muy interesante: mientras que la de minerales (que en 1947 suponía el 55 por 100 y en 1948 el 45 por 100 del total exportado) se reduce en un 15 por 100, la de productos manufacturados asciende a las tres cuartas partes de la cifra prevista. Al propio tiempo, una proporción análoga de las importaciones deberá consistir en alimentos y materias primas. La semejanza con la composición relativa del comercio exterior británico es evidente.

De alcanzarse los objetivos previstos la balanza de pagos alemana arrojaría en 1952-53 un déficit de 72 millones de dólares, cifra que no se estima excesiva. Ahora bien: a este resultado se llega basándose en el supuesto de la libertad en el cambio de las divisas. El razonamiento es el siguiente: en los años citados se calcula que el déficit del comercio con los Estados Unidos sea de 250 millones de dólares, y el del comercio con Gran Bretaña de 142 millones de dólares; no obstante, se espera que la existencia de un saldo activo en el comercio con el resto del área de la esterlina y con la Europa continental permita enjugar los déficits aludidos, dejando tan sólo el remanente antes citado.

Las fallas del razonamiento transcrito y, en general, las del plan que a grandes rasgos acabamos de exponer saltan a la vista. El peligro que para la industria europea supone la reaparición en el mercado internacional de la competencia alemana lo ilustra sobremedida la alarma que refleja la prensa británica y las acusaciones poco fundadas de competencia desleal. Por otra parte, la posibilidad de un mecanismo monetario internacional libre de trabas se halla en función de la fluidez del intercambio comercial y no a la inversa. Sobre este punto existe actualmente una discrepancia manifiesta entre las autoridades británicas y suecas, de un lado, y las norteamericanas y belgas, de otro. La discusión habida en París durante el mes de enero pasado ha servido para patentizar esta discrepancia.

Cuando se estudian las perspectivas que ofrece la economía europea, a la vista del conjunto de planes sometidos por los diferentes países, hay un hecho que llama inmediatamente la atención: la magnitud del déficit previsible en 1952-53, que oscila entre 2.000 y 3.000 millones de dólares. Si esta cifra no puede reducirse, Europa se verá enfrentada, al cesar el Plan Marshall, con un problema de inestabilidad económica de consecuencias políticas incalculables. Justamente la situación que esperan y desean los enemigos del Plan Marshall, que es tanto como decir los creadores de la barrera que divide la economía europea. Para ellos, una Europa occidental incapaz de sostenerse sin la ayuda de los Estados Unidos ofrecería una

fácil presa. Contando con la resistencia lógica del contribuyente norteamericano a financiar indefinidamente el bienestar de los europeos les facilitaría excelente argumento para su propaganda, actividad en que han mostrado plenamente su competencia.

No es probable, sin embargo, que tuvieran éxito esta vez. Por muy sensibles que sean algunos sectores de la opinión en los Estados Unidos a la idea de volver a una posición aislacionista, está muy reciente la experiencia de la pasada contienda y es muy agudo el resentimiento causado por la política soviética para que el doble juego pasase inadvertido. Quienes atribuyen a motivos imperialistas la ayuda económica a Europa carecen de títulos para que su posible actitud en favor del contribuyente norteamericano parezca desinteresada. Pero Europa no puede confiar exclusivamente en la ayuda ajena si quiere sobrevivir, y al buscar los medios para solucionar la difícil situación que se prevé para dentro de cuatro años es cuando aparece la divergencia de opiniones a que se aludió anteriormente.

La cuestión debe enfocarse así: ¿puede vivir la Europa occidental mediante un intercambio libre de sus productos, o debe modificar la estructura de las economías que la integran para adaptarse a las condiciones actuales en que se desarrolla el comercio internacional?

Para quienes defienden la primera solución resulta incuestionable que mediante la libertad en el tráfico de divisas y el comercio multilateral Europa puede llegar a la supresión del déficit en su balanza de pagos con los Estados Unidos compensándolo con las excedentes que obtendría en su comercio con el resto del mundo. Esta posición la mantiene Norteamérica, consecuente con su política económica exterior... e inconsecuente con su política económica interior. Basta recordar, en cuanto a lo primero, su actitud ante la conferencia de Bretton Woods, su aferramiento a la idea de la convertibilidad dólar-libra que tan rápidamente debió suspenderse, no sin grave detrimento de los fondos del empréstito a Gran Bretaña, y la influencia ejercida por las autoridades norteamericanas de la zona aliada de ocupación en la redac-

ción del plan que se cita al principio de esta crónica y situado en la línea que comentamos.

Que Estados Unidos actúa en su política interior en desacuerdo con los principios que propugna para el comercio mundial es un reproche de origen belga que halló eco en la prensa británica (1). Si los norteamericanos —se dice— quieren que el comercio exterior de Europa se halle equilibrado deben darse cuenta de que el déficit de dólares procede tanto del deseo de comprar como de la incapacidad para vender. Las importaciones norteamericanas tienen tanta participación en ese déficit como las importaciones europeas. Las tarifas arancelarias elevadas y las medidas de retorsión contra los productos extranjeros no son el mejor camino para calmar la sed de dólares que sufre el mundo. La adhesión a los principios preconizados en la Conferencia de La Habana exige que Norteamérica importe más y, en especial, más artículos manufacturados. Además, una parte de los dólares cedidos con cargo al programa de recuperación deben invertirlo los países europeos en pagar los fletes a la marina mercante norteamericana —que tiene derecho a transportar la mitad de las mercancías exportadas—, y se calcula que esto representa, para Francia e Italia, un 20 por 100 de la ayuda recibida.

Sin embargo, los norteamericanos pueden objetar que, a pesar de todo, las exportaciones europeas a su país han aumentado en un 36 por 100 sobre el nivel del año pasado. Las de Italia se han duplicado y las de la zona aliada de Alemania quintuplicado. Con todo, no es fácil asegurar que puedan aumentarse en otro tanto de lo realizado hasta ahora las exportaciones europeas en 1952, como sería preciso para poder enjugar el déficit. Los delegados norteamericanos en la Conferencia de París han manifestado que para 1952 se calcula que Estados Unidos podría importar unos 10.000 millones de dólares de mercancías europeas. Teóricamente, esto sería bastante. Lo que hace problemática esta cifra es el hecho de que la mayor parte de las exportaciones europeas consistan en productos industriales.

(1) Véase *The Economist* de 1.º de enero de este año, págs. 3 y 4.

Este es el nudo de la cuestión para los que creen —posición británica— que el déficit de dólares que sufre Europa no es un fenómeno temporal, sino que tiene sus raíces en el cambio de estructura que han sufrido tanto el comercio europeo como el comercio mundial. De acuerdo con este punto de vista, la participación de los artículos manufacturados en el comercio mundial ha ido reduciéndose paulatinamente hasta el punto de que en 1938 no llega sino a la décima parte de lo que era en 1870. Si Europa podía equilibrar su comercio con América ello se debía a los envíos de oro, a la renta de las inversiones en el exterior y a las compras efectuadas en dólares de mercancías procedentes del área de la esterlina, principalmente los productos del sudeste asiático. En este sistema el papel desempeñado por Gran Bretaña era decisivo. La Europa continental vendía a Gran Bretaña de 100 a 200 millones de libras más de lo que le compraba, y la posibilidad de convertir este saldo en dólares se basaba en las circunstancias que acabamos de señalar. Pero las inversiones exteriores de Gran Bretaña han desaparecido en su mayor parte al tener que financiar dos guerras, y la situación de los países asiáticos, agitados por la guerra y la revolución, no permite confiar en que sigan desempeñando su papel de suministrar dólares a la comunidad británica. De aquí que la situación actual exija la adopción de medidas enérgicas si de verdad se quiere reducir el déficit europeo. Habrá que limitar al mínimo las importaciones de mercancías norteamericanas, adquirir los productos estrictamente esenciales y efectuar cuantos reajustes sean precisos en la estructura interna de las economías europeas en interés del conjunto.

En nuestra opinión, los ingleses se hallan en lo cierto al negar que el aumento del tráfico en el interior del continente europeo y la adquisición de productos del área de la esterlina puede solucionar el problema, como parecen creer los franceses. Aun admitiendo que la producción industrial europea aumente en un 30 por 100 y la agrícola en un 15 por 100, como presupone el informe de la Comisión de Cooperación Económica para Europa, las posibilidades de un aumento del tráfico intereuropeo son limitadas. En cuanto a los productos-

agrícolas, porque las necesidades superan a la producción, y en cuanto a los industriales, por tratarse de producciones paralelas que compiten entre sí. Especialmente en la industria textil y en la de vehículos a motor la capacidad de producción supera, con mucho, la de los mercados nacionales.

Respecto a las compras, en el área de la esterlina los ingleses son explícitos: no están dispuestos a facilitar a los países continentales que transfieran sus créditos en libras, porque el excedente que Inglaterra aspira a crear (todavía es deudora de muchos países del área) lo necesita para adquirir, si es posible, dólares con que enjugar su propio déficit con los Estados Unidos.

La perspectiva de la economía europea a la vista de las consideraciones expuestas es de trabajo ininterrumpido. La consecución de los programas presentados por los países beneficiarios del Plan Marshall muestra la necesidad de un incremento del 15 por 100 en la producción por hombre y hora. El esfuerzo que exige la consecución de esta meta apenas necesita destacarse. Y la necesidad de una paz social, tampoco.

¿Es posible que la Europa dividida pueda contar con las energías necesarias para realizar esta tarea? Las dificultades de orden político son sobradamente conocidas y no corresponde a una crónica económica abordar su estudio. Pero el intento de organización económica que viene realizando la Unión Soviética dentro de la zona sometida a su influencia y las posibilidades de comercio entre las dos Europas son temas que no pueden soslayarse y cuya importancia merece les dediquemos otra crónica.

J. A. PIERA LABRA

RECENSIONES

